

PR 5841

W7

H 5

V. 2

Propiedad del editor.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

HIPATIA.

CAPITULO DIEZ Y SEIS.

VENUS Y PALAS.

AL dirigirse Hipatia aquella tarde á su salon de lecciones, fué detenida en medio del camino por una procesion de unos veinte godos y damas, á cuya cabeza iba Pelagia adornada de joyas y chales, y montada en su mula, tan blanca como la nieve. A su lado cabalgaba el Amal, con sus largas piernas, como las de Gaug-Rolf el Norseman, que le permitian tocar el suelo, mientras oprimia con su peso un delicado caballo berberisco, no encontrándose en Alejandría otro que sustituyese mejor á los grandes caballos negros de su país nativo.

010783

— 4 —

Se adelantaban, seguidos de la multitud, hácia la puerta del Museo, y deteniéndose, empezaron á apearse, mientras que sus esclavos cuidaban de las mulas y de los caballos.

No habia escapatoria para Hipatia: el orgullo la impidió obedecer á su instinto virginal, retirándose entre la multitud que estaba detrás de ella; y habiendo el Amal bajado de la mula á Pelagia, las bellezas rivales de Alejandria se vieron, por la primera vez de su vida, frente á frente.

—¡Que Atene te favorezca hoy, Hipatia! dijo Pelagia con su mas dulce sonrisa. He traído á mis guardias para que oigan esta tarde algo de tu sabiduría. Deseo ver si puedes enseñarlos alguna cosa mas digna de oirse que las cancioncillas que Afrodita me enseñó cuando me sacó de la espuma del mar, de donde ella salió tambien, y me puso por nombre Pelagia.

Hipatia se irguió cuan alta era, y no respondió nada.

—Paréceme que mis guardias pueden asociarse á tí. A lo menos son príncipes y descendientes de deidades, por lo cual deben entrar antes que tus provin-

— 5 —

cianos. ¡Quieres mostrarles el camino!

Hipatia continuó sin abrir los labios.

—Entonces yo los guiaré. ¡Vamos, Amal!

Diciendo así, subió las escaleras, seguida de los godos que arrimaban á los alejandrinos á un lado, á derecha é izquierda, como si fuesen niños.

—¡Ah, traidora cortesana! exclamó un jóven, cuya voz se oyó claramente en medio de los murmullos de la muchedumbre; ¡despues de habernos robado todo el dinero que pudiste con tus falsedades, estás ahora consumiendone nuestros patrimonios con bárbaros!

—Devuélvenos nuestros presentes, Pelagia, gritó otro, y sé feliz con tu manada de toros bravíos!

—¡Lo seré! dijo Pelagia parándose repentinamente, y cogiendo sus collares y brazaletes, estaba á punto de arrojarlos á la multitud atónita.

—¡Vedlos! ¡Tomad vuestros presentes! Pelagia y sus amigas no quieren deber nada á niños, cuando son adoradas por hombres como estos.

Pero el Amal que, afortunadamente para los estudiantes, no habia entendido una palabra de esta conversacion, le

contuvo el brazo, preguntándole si estaba loca.

—¡No, no! exclamó sin poder hablar de ira. Dame oro.... todo el dinero que tengas. Estos miserables me están echando en cara lo que me dieron antes.... antes.... ¡Oh, Amal! ¿me entiendes?

Y se agarró de su brazo, como suplicándole.

—¡Héroes! cada uno de vosotros arroje su bolsa en medio de esos bribones! Dicen que nosotros y nuestras queridas vivimos de sus despojos.

Y su bolsa fué á caer entre la multitud.

En un instante todos los godos imitaron su ejemplo; y hasta hubo mas de uno que arrojó un brazalete ó un collar al rostro de algun infeliz filosofastro.

—No tengo dama, amigos míos, dijo el anciano Wulf en bastante buen griego, y no os debo nada. Así, guardaré mi dinero, como guardaríais el vuestro; y como lo guardarías también tú, viejo Smid, si hubieras imitado mi cordura.

—¡No seas mezquino, príncipe, por el honor de los godos! dijo Smid riéndose.

—Si yo tomo en oro, pago en hierro, respondió Wulf desenvainando hasta la mitad la grande y ancha hoja, ante cuyas ominosas manchas oscuras la estudiante retrocedió; y toda la partida entró en el vacío salon de lecciones y se sentó á su comodidad en la filas de enfrente.

¡Pobre Hipatia! Al principio determinó no explicar.... luego quiso enviar por Orestes.... despues se le ocurrió acudir á sus estudiantes para que defendiesen la santidad del Museo; pero el orgullo, á la par que la prudencia, la aconsejaron mejor; retirarse hubiera sido confesarse vencida.... deshonar la filosofia.... perder su influencia en el ánimo de todos los irresolutos. ¡No! decidió seguir adelante y arrostrarlo todo, insultos y hasta la violencia; y con trémulos miembros y pálidas mágillas subió á la tribuna y empezó....

Con sorpresa y placer de la jóven, su bárbaro auditorio se condujo admirablemente. Pelagia, con el buen humor que le habia causado su triunfo, y quizá también determinada á mostrar su desprecio hácia Hipatia, dejándole todas las probabilidades de triunfo, se

contuvo, y contuvo á sus amigos por una media hora. Pero alcabo de este tiempo, la violenta respiracion del dormido Amal, á quien habia despertado dos veces, resonó libremente en la sala, y fué engrosando hasta convertirse en ronquido, porque la misma Pelagia se habia quedado tan dormida como él. Entonces, otro censor se encargó de mantener el órden. El viejo Wulf, desde que Hipatia habia empezado, no habia vuelto á separar de ella los ojos, y mas de una vez el flaco corazon de la jóven se habia alegrado al reparar en la sonrisa de vigorosa inteligencia y honrada satisfaccion que brillaba en aquel semblante lleno de cicatrices, mientras que de tiempo en tiempo la blanca barba del anciano se agitaba con mareada aprobacion, hasta el punto de encontrarse Hipatia, mucho antes de concluir el discurso, encaminando sus palabras directamente á su nuevo admirador.

Cuando hubo acabado, los estudiantes, que se habian ido sentando poco á poco, sin el mas leve deseo de burlarse de los intrusos, que habian sido esta vez los que se habian burlado completamente de ellos, se levantaron á toda

prisa, muy contentos de verse libres de tan peligrosos vecinos. Pero con admiracion suya, y tambien de Hipatia, el viejo Wulf se levantó al mismo tiempo, y adelantándose hasta la tribuna, sacó su bolsa y la colocó á los piés de Hipatia.

—¿Qué significa esto? preguntó la jóven, medio aterrorizada al ver acercarse la figura de mas rudo y bárbaro aspecto que habia contemplado en toda su vida.

—Mi paga por lo que he oido esta tarde. Eres una noble doncella, ¡y ojalá que Freya te envíe un marido cual mereces y que te haga madre de reyes!

Dicho esto, Wulf se retiró con los suyos.

Pelagia, á la vista de aquel público homenaje tributado á su rival ante sus propios ojos, se sintió inclinada á aborrecer al viejo Wulf. Pero éste fué el único traidor. Los demas godos convinieron en que Hipatia era una necia, que estaba despreciando su juventud y hermosura en hablar á monos, y montando de nuevo en sus caballos, como Pelagia en su mula, se dirigieron triunfalmente á su habitacion.

Sin embargo, el corazon de esta últi-

ma estaba triste en medio de su triunfo. Lo justo y lo injusto eran ideas tan desconocidas para ella como para muchos miles de personas de su tiempo. Según lo que le sugería su conciencia, hallábase tan destituida de alma como la mula en que cabalgaba. Habiéndola dotado la naturaleza de un buen humor sin límites, y de un talento artístico no común, su gusto griego por la belleza y gracias físicas se había desarrollado con el largo ejercicio, llegando a ser la más perfecta pantomima, bailarina y música de los teatros de Alejandría. Desde su infancia había vivido, pues, solo para el goce y la vanidad, sin desear más. Pero su nuevo afecto, ó mejor dicho, adoración hacía su corpulento amante godo, había despertado en ella una nueva idea de conservarle... vivir para él... y seguirle al fin de la tierra, aunque se cansase de ella, aunque la tratase mal y correspondiese á su amor con el desprecio. Poco á poco, día tras día, las burlas de Wulf habían excitado en ella el temor de que pudiese llegar este último caso.... Porque no lo adivinaba; pero ¿qué especie de mugeres eran aquellas Alrunas á que aludía Wulf en sus

cantos, y de las cuales hasta el Amal y sus héroes hablaban con respeto, como de una cosa que la excedía en nobleza y también á ellos? ¿Y qué era lo que Wulf había reconocido en Hipatia, y había hecho que el rudo y selvático guerrero le tributase aquel homenaje público?... ¿No era difícil decirlo! Pero ¿por qué eso atraía en Hipatia ó en cualquiera otra?... Y la pobre hija de la naturaleza consideraba en confuso estravío una multitud de preguntas nuevas, como miraría una mariposa las páginas del libro donde se posase, y se sentía triste y descontenta, no de sí misma, pues ¿no era ella Pelagia la perfecta! sino de las extrañas ideas que asaltaban la cabeza de otras personas. ¿Por qué cada uno no sería tan feliz como pudiese? ¿Y quién mejor que ella sabía el modo de ser feliz y de hacer que otros lo fuesen?...

—Mira ese monge anciano que está de pié en el pavimento, Amalrico. ¿Por qué me mirará tan fijamente? Dile que se vaya.

La persona á quien aludía era un anciano de delicadas facciones, con una venerable barba blanca; y pareció oírlo,

pues que al momento apartó la vista, y entonces, con asombro de Pelagia, se cubrió el rostro con las manos y prorumpió en un llanto convulsivo.

—¿Qué significará eso? Que me le traigan al instante. Quiero saberlo, exclamó con petulancia, parando la atención en aquel nuevo objeto, á fin de librarse de los pensamientos que la tenían asediada.

Inmediatamente un godo fué en busca del anciano, que vino sin resistencia al lado de la mula de Pelagia.

—¿Por qué has llevado tu grosería hasta el punto de ponerte á llorar de ese modo en mi presencia? preguntó con arrogancia.

El anciano la miró triste y tiernamente, y respondió en voz baja, como si las palabras no debiesen ser oídas mas que por ella:

—¿Y puedo acaso dejar de llorar, cuando contemplo una cosa tan bella como tú destinada para siempre á las llamas del infierno?

—¿A las llamas del infierno? dijo Pelagia asustada. ¿Por qué?

—¿No lo sabes? preguntó el anciano

con una mirada de triste sorpresa. ¿Te has olvidado de lo que eres?

—¿Yo? En mi vida he hecho daño ni á una mosca.

—¿Por qué estás tan asustada, querida? ¿Qué le has estado diciendo, viejo miserable?

Y el Amal levantó el látigo.

—¿Oh! no le hieras. Ven, ven mañana, y me dirás lo que significan tus palabras.

—No; no queremos frailes que vayan á asustar á mugeres tontas. ¡Fuera de aquí! y agradece á esta dama el que salgas tan bien librado.

Y en seguida el Amal cogió de la brida la mula de Pelagia y echó á andar, mientras el anciano permaneció mirándolos con tristeza.

Pero evidentemente no era la hermosa pecadora el objeto que habia conducido al anciano monge del desierto á una vecindad tan agena de sus hábitos; porque recobrándose en pocos momentos, corrió á la puerta del Museo y se situó allí, examinando con ardor las fisonomías de los que pasaban y recibiendo su parte de estudiantiles burlas.

—Oyes, gato viejo, ¿qué raton estás

asechando aquí, á la boca del agujero?

—Entra á ver si los ratones te chamuscan los bigotes....

—Aquí está mi raton, señores, respondió el anciano con un saludo y una sonrisa, cuando colocó su mano sobre el brazo de Filemon y presentó á sus atónitos ojos las delicadas facciones y elevada frente de Arsenio.

—¡Padre mio! exclamó el jóven en el primer impulso de un tierno reconocimiento; y despues.... aunque siempre habia estado aguardando algun encuentro por el estilo, se puso pálido como la muerte. Los estudiantes vieron su emocion.

—¡Suéltale, viejo Heautontimorumenos! Pertenece ya á nuestra compañía. Los monges no tienen que ver con hijos ni con esposas. ¿Quieres que le echemos de aquí, Filemon?

—Cuidado con lo que haceis; ¡los godos están todavía cerca! contestó Filemon; y para evitar que los estudiantes se propasasen hasta insultar á una persona tan respetable y querida de él como Arsenio, llevó de allí poco á poco al anciano y subió con él por la calle en

silencio, temeroso de lo que iba á sobreenir.

—¿Son esos tus amigos?

—¡Dios me libre! No tengo nada de comun con tales gentes, sino el ser de carne y hueso y ocupar como ellos un asiento en la sala de lecciones.

—¿De la muger pagana?

Filemon, como todos los jóvenes que sienten miedo de algo, se dió prisa á entrar en materia, por lo mismo que temia la calma con que lo iba á hacer Arsenio.

—Sí, de la muger pagana. Dime, ¿has visto á Cirilo antes de venir aquí?

—Le he visto, y....

—Y, prosiguió Filemon interrumpiéndole, algunos de los que le rodean te habrán dicho de mí milfalsedades. Por ejemplo, que he pisoteado la cruz... que he sacrificado á todas las deidades del Panteon... y probablemente (añadió, poniéndose de color de escarlata), que el mas puro de los seres (tan puro, que si no fuese lo que se denomina pagano, seria y mereceria ser adorada como la reina de los santos), que ella.... y yo.... Al llegar aquí se detuvo.

—¿He dicho yo que creyese lo que haya podido oír?

—No... y por lo mismo, como son tan necios y urdidores de falsedades, no hay mas que hablar en el asunto: lo cual no quiere decir que no esté dispuesto á contestar á todas tus preguntas, mi amado padre.

—¿Te he dirigido alguna, hijo mio?

—No. Podemos, pues, mudar de conversacion por ahora.

Y empezó á abrumar al anciano con preguntas sobre él, sobre Pambo y demas habitantes de los Lauros; á los cuales Arsenio, con infinita satisfaccion del jóven, respondió cordial y minuciosamente, y hasta se sonrió al oír á Filemon censurar el contraste entre los monges de Nitria y los de Scetis.

Arsenio era demasiado sábio para no conocer lo que significaba aquella verbosidad, y para no calcular que la version de Filemon estaba probablemente tan cerca de la verdad como la de Pedro; mas, fundado en razones esclusivamente suyas, solo le contestó con una cariñosa mirada y un cumplimiento por encontrarle mas eredido que cuando salió de los Lauros.

—Y sin embargo, me pareces delgado y pálido, hijo mio.

—El estudio, dijo Filemon, el estudio. No se puede consumir aceite á media noche, sino expiarlo de algun modo... No obstante, estoy ya bien recompensado y en lo futuro lo estaré mas.

—Esperémoslo así. Pero, ¿qué godos son esos junto á los cuales acabo de pasar?

—¡Ah! padre mio, respondió Filemon alegre por tener una excusa para variar de asunto, y sin embargo, medio receloso viendo que Arsenio no le hablaba del verdadero objeto de su visita. Entonces eras tú el que se detuvo y habló con Pelagia al extremo de la calle. ¿Qué palabras pudiste dirigir á tan miserable criatura?

—Dios lo sabe. Mi corazon sintió una simpatía secreta hácia ella... ¡Infeliz jóven!... Pero, ¿cómo la conoces tú?

—Toda Alejandría conoce á esa abominable muger, dijo una voz á su lado, que era ni mas ni menos la del porterillo, el cual habia estado observando á los dos monges todo aquel tiempo, y no habia podido contenerse mas sin mezclarse en la conversacion. Y mucho hu-

hiera convenido á varios jóvenes ricos que la vieja Miriam no la trajese, en un ominoso día, de Atenas.

—¿Miriam?

—Sí, monge; ese es un nombre no desconocido en los palacios y en los mercados de esclavos.

—¿Una vieja judía, de mirada diabólica?

—Judía es, como habrás conocido por el nombre que lleva; y en cuanto á sus ojos, me parecen, ó mas bien me parecían (pues su nacion ha sido espulsada de Alejandría por su fanática tribu), divinos ó demoniacos, califiquelos como guste la imaginacion vulgar de los monges.

—Pero, ¿cómo conociste á esa Pelagia, hijo mio? No es compañía á propósito para personas como tú.

Filemon refirió, con bastante modestia, su aventura del Nilo y la invitacion que le habia hecho Pelagia.

—¿Seguramente no la aceptaste?

—No permitió el cielo que el discípulo de Hipatia se degradase hasta ese punto!

Arsenio sacudió tristemente la cabeza.

—¿Hubieras querido que la admitiese?

—No, hijo mio. Pero, ¿desde cuándo has aprendido á llamarte discípulo de Hipatia y á calificar de degradacion el visitar á la muger mas pecadora, si de ese modo lograbas restituir al Buen Pastor una oveja perdida? Sin embargo, eres aun muy joven para tal empleo, y sin duda ella queria tentarte.

—No lo creo. Parecia, si, sorprendida de lo que se hablaba sobre semejanza entre ella y yo, y sobre mi procedencia de Atenas.

—¿Semejanza entre ella y tú? ¡Es cierto!... Yo la he sentido, sin conocer lo que me atraia á su persona. Cuando miré su rostro, se me figuró ver uno familiar, querido para mí... ¿Cuánto tiempo hace que vino de Atenas? ¿Quién lo sabe?

—Precisamente despues que aquella ciudad fué saqueada por los bárbaros, dijo el porterillo, que empezando á sospechar un misterio, estaba atisbando como un loro.

—La época coincide... ¿Puede encontrarse á esa Miriam?

—Es una pregunta sábia y cortés para un monge. ¿No estás enterado de que